

Esta monografía se enmarca en las iniciativas que el Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico (IAPH) impulsa con la finalidad de propiciar el debate y la reflexión en torno a los desafíos que, en cada momento, deben afrontarse desde el ámbito del patrimonio cultural. Entre ellos, ya en los años 1990, destacaron la introducción de las entonces nuevas tecnologías de la información y comunicación en la gestión patrimonial y su análisis desde una perspectiva no solo centrada en los elementos patrimoniales concretos, sino también en su dimensión territorial.

Posteriormente, de forma paulatina y continuada en el tiempo se impulsó la documentación y estudio de los patrimonios más vivos y, por tanto, más difíciles de gestionar desde una administración, la competente en materia de cultura, habituada a garantizar la conservación y protección de los bienes muebles e inmuebles, que requerían ante todo un esfuerzo para garantizar su integridad material. Los paisajes culturales y el patrimonio cultural inmaterial son los mayores exponentes de esta transición desde lo material e inmutable, hacia lo vivido, inmaterial, adaptativo y cambiante: el objetivo ahora es gestionar los cambios para preservar los valores. Se inician aquí dos trayectorias institucionales plenamente consolidadas en la actualidad, y que han dado resultados de reconocido alcance metodológico como el Atlas del Patrimonio Inmaterial de Andalucía (APIA) o el Registro de Paisajes de Interés Cultural de Andalucía (RPICA).

Pero la gestión del cambio requiere, también, una nada fácil transformación de los procedimientos administrativos, en los que ya no tienen cabida solo los informes técnicos, sino también la participación activa de quienes habitan, transitan o con-

templan nuestros paisajes, y mantienen vivos los conocimientos y prácticas asociadas a la gestión del medio, mediante la transmisión de saberes de generación en generación.

Esta perspectiva obliga a abandonar una concepción estática del patrimonio para entenderlo como un sistema vivo, relacional y dinámico cuya continuidad depende de la capacidad de las comunidades para actualizar continuamente sus conocimientos y prácticas frente a contextos ambientales, sociales y económicos cambiantes.

Estos patrimonios vivos se ven afectados más directamente por los efectos derivados de los cambios que se están operando en el sistema climático: calentamiento global, cambios en los patrones de precipitación y temperatura, aumento de la frecuencia e intensidad de eventos climatológicos externos, aumento del nivel del mar con el consiguiente retroceso de zonas costeras o acidificación de los océanos.

Sin embargo, estos paisajes y conocimientos no deben entenderse únicamente como ámbitos vulnerables frente a la crisis climática. Constituyen también sistemas culturales de adaptación, capaces de salvaguardar conocimientos ecológicos locales, sistemas históricos de gestión de recursos y formas de organización colectiva que pueden contribuir a incrementar la resiliencia de los territorios, de las comunidades y de los paisajes culturales.

Para avanzar en el conocimiento, tanto de estas potenciales afecciones a los paisajes culturales como en la capacidad del patrimonio cultural inmaterial para mitigar sus efectos, surgió el proyecto PACTO. Paisajes Culturales, Conocimientos

Tradicionales y Cambio Climático, subvencionado por la Fundación Biodiversidad en el marco de una convocatoria para la realización de proyectos que pudieran contribuir a implementar el Plan Nacional de Adaptación al Cambio Climático 2021-2030, y en él convergen las dos trayectorias institucionales consolidadas en el IAPH e iniciadas con el APIA y el RPICA.

Estas iniciativas pusieron de manifiesto que la documentación patrimonial no constituye únicamente una herramienta para registrar y conservar información. Documentar supone identificar relaciones, hacer visibles conocimientos y prácticas frecuentemente invisibilizados, generar evidencia para las políticas públicas y favorecer la participación de las comunidades portadoras. La documentación se convierte así en una forma de intervención sobre el patrimonio, capaz de fortalecer su transmisión, mejorar su gestión y contribuir a afrontar retos contemporáneos como el cambio climático.

Es este contexto el que arroja a esta monografía, fruto de la línea abierta con PACTO, recogiendo y ampliando la reflexión a diversos contextos geográficos y ángulos de análisis para obtener una visión panorámica del estado de la cuestión en las relaciones entre cambio climático, paisaje y patrimonio cultural inmaterial.

Los contenidos del libro se han estructurado en tres partes o bloques, que agrupan perspectivas de análisis diferenciadas, aunque subyacen en ellas hilos conductores comunes como la paradoja del reconocimiento de las citadas relaciones sin la integración real en la práctica de la gestión cultural o la necesaria participación social en el diseño y eje-

cución de respuestas a escala local ante los importantes desafíos climáticos cuyos efectos ya se están produciendo. Estos bloques son los siguientes:

Marcos y políticas: paisajes culturales ante la gobernanza climática

Se integran en este bloque los trabajos centrados en los marcos conceptuales, normativos, metodológicos e institucionales que relacionan patrimonio cultural, paisaje y cambio climático. Son contribuciones de alcance más teórico o de diagnóstico sistémico que afrontan el debate desde unas políticas públicas que tienen aún mucho camino por recorrer para mejorar su eficacia. Los trabajos reunidos en este bloque comparten una preocupación común: la dificultad para trasladar este reconocimiento conceptual a instrumentos efectivos de gobernanza.

Se abre el bloque con una pregunta que atraviesa toda la monografía: ¿qué entendemos hoy por paisaje y qué lugar ocupan en él las sociedades que lo han construido? José Ramón Guzmán Álvarez abre este debate desde la dicotomía natural/cultural, y plantea una propuesta metodológica, que ilustra el sistema de acequias de Sierra Nevada (Granada), basada en el paradigma de los servicios ecosistémicos para intervenir en el paisaje. Ante la desaparición progresiva de prácticas y usos tradicionales –proceso acelerado por el cambio climático– para una gestión eficaz del paisaje se requiere documentar el punto de partida.

La aparente dificultad para integrar estos conocimientos en instrumentos concretos de las políticas públicas no es casual, como apuntan Nekbet Corpas Cívicos y otros, sino que responde a la escasez

de planes y estrategias que vehiculen respuestas concretas, tanto ante los riesgos que el cambio climático representa para el patrimonio, como para el reconocimiento del papel activo que pueden asumir en la mitigación de sus efectos.

Frente a este vacío normativo e institucional, Gema Carrera Díaz y Aniceto Delgado Méndez, plantean una propuesta metodológica concreta para reforzar la presencia del patrimonio cultural inmaterial en las políticas públicas que reconozcan su potencial adaptativo y mitigador. Más allá de su presencia en el ámbito de la memoria y del legado cultural, su cometido más relevante es el que desempeña en los procesos que sostienen la vida en los territorios en la actualidad. Sin embargo, que este potencial rara vez se traduce en instrumentos de gestión bien articulados es lo que demuestra la aportación de Silvia Fernández Cacho, José Manuel Díaz Iglesias y Alba Doblas Medina en base al estudio empírico de 135 iniciativas desplegadas en 16 paisajes andaluces de características diversas. El resultado es revelador: son minoritarias aquellas iniciativas que cuentan con sistemas de seguimiento y evaluación que permitan valorar su eficacia, pese a la variedad de enfoques y actores implicados.

Para finalizar este bloque, se ha incluido un trabajo que amplía el horizonte geográfico y metodológico. Su autora, Samantha Tobíáš, examina la vulnerabilidad del patrimonio biocultural inmaterial en Connemara (Irlanda), ante la amenaza de la crisis climática y el debilitamiento del modelo de la granja familiar, reivindicando la centralidad de los conocimientos locales en las estrategias de adaptación climática.

Comunidades y saberes: el patrimonio cultural inmaterial como recurso de adaptación

Los cinco capítulos asociados a la temática de este bloque se centran en el estudio de los conocimientos ecológicos tradicionales y el papel que desempeñan las comunidades portadoras, tanto para mitigar los efectos de la crisis climática u otras catástrofes naturales, como para afrontarlos una vez producidos.

Los dos primeros trabajos están vinculados a saberes agrarios vivos: la vitivinicultura de la comarca del Condado (Huelva) y el pastoreo regenerativo en Morón de la Frontera (Sevilla). El primero, presentado por Juan José Raposo González, muestra como la vitivinicultura tradicional de secano ha propiciado históricamente una gestión eficiente del suelo que hoy puede ser clave para propiciar una transición ecológica más ajustada a las características del territorio. En el segundo caso, Antonio Gamero Ruiz y otros reivindican acciones como las impulsadas por la cooperativa Naturales del Sierrro, que se basan en la modernización de saberes tradicionales para potenciar, a través del pastoreo regenerativo, el mantenimiento de los suelos, la fijación de carbono y, en definitiva, sostener una vida rural basada en la gobernanza cooperativa.

Por su parte, David Florido del Corral analiza el conocimiento ecológico local de las comunidades pesqueras andaluzas y, de nuevo, plantea como el conocimiento ecológico local permite elaborar respuestas concretas ante las transformaciones climáticas y socio-ecosistémicas. Para ello, es fundamental diseñar modelos de gobernanza adaptativa desde la antropología, que permitan conectar este conocimiento con la innovación científica a través del diálogo y una nueva política de saberes.

Conscientes de la importancia de la educación en modelos de actuación más sostenibles con el entorno, Clara Masriera Esquerra y otras presentan la experiencia desarrollada en un instituto de Sant Cugat del Vallés (Barcelona). La realización de un taller vinculado al uso de la tierra como material de construcción permitió al alumnado explorar usos y conocimientos tradicionales a través de la reflexión colectiva sobre su vigencia frente a los efectos del cambio climático.

Valentina Della Corte y otras dirigen el foco de la reflexión al contexto urbano con tres ejemplos napolitanos que ilustran el potencial de la economía regenerativa en estos ámbitos, que se muestran como escenarios privilegiados para ensayar nuevas alianzas entre el tejido comunitario, los actores públicos y los proyectos económicos que tienen como fin último el cuidado de los bienes comunes.

El último caso se centra en el papel del patrimonio inmaterial ante los efectos de una catástrofe natural como la erupción del volcán Tajogaite en La Palma. Elena María Pérez González y otros, analizan las narrativas de pérdida y las estrategias adaptativas que surgen en las comunidades afectadas frente a una adversidad súbita. En este contexto se identifican tensiones cuando las administraciones públicas impulsan procesos de reconstrucción alejados de los saberes y memorias locales.

Territorios en transformación: resiliencia patrimonial frente al cambio global

Se agrupan aquí estudios de caso sobre territorios concretos amenazados por el cambio climático y otros procesos derivados del cambio global. Tres

de ellos se sitúan en territorios de interior, y otros tres en espacios costeros desde diversos enfoques.

En los ámbitos de interior, la gestión del agua y del suelo resultan determinantes. Miguel Crespo Santiago y Gonzalo Aranda Jiménez analizan como la proliferación de parques eólicos y plantas fotovoltaicas, necesarias para propiciar la transición ecológica, impactan en paisajes arqueológicos de especial valor, como el asociado a la Peña de los Enamorados y Acinipo (Antequera, Málaga). La correcta incorporación de la dimensión cultural a los instrumentos de evaluación de este tipo de impactos en el territorio se plantea aún como una tarea pendiente.

Por su parte, Ana Coronado Sánchez y otros, se centran en la fragilidad de los sistemas tradicionales de captación y distribución del agua en territorios de montaña como la Sierra de Aracena (Huelva), afectados no solo por el cambio climático, sino también por la pérdida de población y saberes locales. También relacionado con el agua, el estudio de Corinna Dean sobre las ghost ponds de Suffolk reflexiona sobre la recuperación de antiguos estanques agrarios, lo que se revela como una forma para revitalizar los humedales, la biodiversidad y el paisaje tradicional en contextos rurales alterados.

En contextos costeros se evidencia la especial exposición que sufre el patrimonio litoral. En la fachada atlántica francesa se desarrolla el proyecto AleRT presentado por Elías López Romero y otros. En él se combinan la ciencia ciudadana y los métodos arqueológicos con el objetivo de preservar el registro ante su eventual pérdida y en esta monografía se presentan los resultados de su evaluación

después de 20 años de su aplicación. También en un contexto litoral se sitúa la propuesta de gestión planteada por María Griñan Montalegre que aboga por la utilización de los recursos patrimoniales, y especialmente etnográficos, del Mar Menor (Murcia), como apoyo a las mejoras jurídicas y científicas desplegadas para hacer frente a los desastres naturales y como aportación para recuperar su prestigio perdido.

Este bloque se cierra con el trabajo de Aitzber Egusquiza y otros en la Huerta de Valencia a través del proyecto europeo RescueME. Se concluye, como en casos anteriores, que la capacidad de resiliencia territorial de la Huerta se basa en la defensa del regadío histórico, la organización vecinal y el diálogo entre agentes involucrados en su gestión, y que su continuidad depende de una voluntad política que adolece de la necesaria continuidad.

La diversidad de perspectivas, territorios y metodologías que convergen en esta monografía confirma la especial relación entre los paisajes culturales, el patrimonio cultural inmaterial y la crisis climática. El conjunto de reflexiones y experiencias que se reúnen en ella conducen a afianzar la idea de que las políticas culturales y de gestión del territorio han de situar el debate en una posición central a la hora de acometer actuaciones conducentes a su preservación y uso en un contexto de profundas transformaciones. Este patrimonio vivo no ha de entenderse únicamente como potenciales receptores de los impactos derivados del cambio climático, sino también como saberes y formas de organización social que pueden contribuir a mitigar sus efectos.

Las contribuciones muestran que el patrimonio cultural posee una dimensión prospectiva que tras-

ciende ampliamente su consideración como legado. Los conocimientos tradicionales, los paisajes culturales y las prácticas comunitarias constituyen recursos estratégicos para construir respuestas innovadoras ante los desafíos ambientales actuales. El reto consiste ahora en construir modelos de gobernanza capaces de integrar el conocimiento científico, técnico y local en procesos compartidos de decisión. La formulación y aplicación de estos instrumentos será sin duda un reto que será necesario afrontar para convertir este patrimonio vivo en un recurso estratégico para la adaptación climática, la cohesión social y la sostenibilidad territorial. Ese cambio de perspectiva constituye, probablemente, uno de los principales desafíos que deberán afrontar las políticas patrimoniales durante los próximos años.